

Entre espirales de pensamiento de tiempos efervescentes: la antropología de las antropologías del sur desde la mirada de Esteban Krotz¹

P. Alejandra Letona²

Introducción: primer extrañamiento y encuentros para un camino de estudio de las antropologías³

La Red Centroamericana de Antropología celebró su VI congreso entre el 17 y el 21 de febrero de 2009 en San Cristóbal de las Casas, Chiapas. Un día antes de iniciar el congreso, un grupo de estudiantes y profesores guatemaltecos nos encaminamos en una *coster* hacia La Mesilla, el paso fronterizo en La Democracia, departamento de Huehuetenango hacia Ciudad Cuauhtémoc, el punto final de la Carretera Panamericana en Chiapas, México. El congreso se tituló “Antropología en Centroamérica: reflexiones y perspectivas”; el hecho de que se celebrara en San Cristóbal y que la organización la dirigiera un comité interinstitucional encabezado por el Programa de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Mesoamérica y el Sureste de la UNAM (PROIMMSE-IIA-UNAM) era reflejo del campo de relaciones tejidas entre antropólogos desde finales de los ochenta.

En esa ocasión asistí con una doble misión, presentar una ponencia sobre los orígenes y desafíos de la antropología en Guatemala y encontrarme espontáneamente con Esteban Krotz, aunque planificado, quería que pareciera casual. Mi idea era entablar una conversación sobre hacer antropología de las antropologías, platicarle algo sobre lo que había hecho en Guatemala y otros temas que, según yo, saldrían en la plática. El encuentro fue extraño y duró muy poco;

1 Fecha de realización: octubre 2023. El formato de los códigos de cita y las referencias bibliográficas se encuentra en el formato de las normas APA 7^a. edición.

2 Profesora investigadora de la Universidad de San Carlos de Guatemala y consultora independiente.

3 Este artículo está basado en lecturas sobre la obra de Esteban Krotz, en conversaciones y actividades llevadas a cabo en común y en una entrevista realizada el 12 de octubre de 2023. Todo lo que aparece entre comillas son citas de esta entrevista a menos que se suscriba lo contrario.

en un sentido, para nada resultó espontáneo porque una amiga en común le había comentado sobre mí y que andaba circulando las salas de las sedes del congreso en su búsqueda; pero en otro, sí fue espontáneo porque poco hablamos de lo que en mi mente había planificado.

Esteban conoció a la Red Centroamericana de Antropología en el primer congreso que se llevó a cabo en Costa Rica a finales de los ochenta. “Me invitaron justamente [para hablar] sobre las antropologías del sur y en mi universidad, aquí en Yucatán dijeron pues está bueno”. Entonces Andrés Fábregas, quien había tejido redes de relaciones desde los setenta con los centroamericanos en la Ciudad y al sureste de México, promovió y gestionó la participación de Esteban. A estas fechas, localizado en Yucatán, él no tenía un proyecto específico, quiso sondear y palpar la región antes de decidirse. Su primer acercamiento a Centroamérica fue a través de un proyecto en Belice, un país vecino del que nadie sabía casi nada en Yucatán; después llegó la invitación al congreso de la Red: “luego lo del congreso... pude asistir a casi todos los congresos... Y entonces ya conocía a la gente y uno veía a los mismos, siempre a los mismos, era siempre en otro país y uno se daba cuenta de que Centroamérica es, pues cada país es totalmente distinto.” Este espacio regional se convirtió en uno de los más importantes para abordar el tema de la antropología de las antropologías del sur/propias. Así, los acercamientos de los ochenta condujeron a nuestro primer encuentro extraño/de extrañamiento, a conocer a Esteban y a trabajar en la investigación de las antropologías por ya casi quince años.

Inicio este breve relato situado en la dinámica de los congresos de la Red Centroamericana de Antropología y del inicio de mi intercambio con Esteban. El propósito es abordar cómo poco a poco Esteban Krotz cimentó un campo de relaciones sociales y antropológicas en Centroamérica y Latinoamérica, desde el cual propuso la perspectiva de las *antropologías propias* y del *sur*, así como un proyecto de conocimiento ahora conocido como *antropología de las antropologías*. En esta introducción sitúo el relato quizá a mitad de camino, pues antes de estos congresos y estas relaciones de intercambio y discusión, Esteban tuvo su propio encuentro con la antropología, transitó un devenir histórico a la vez que tomó decisiones para seguir avenidas inusitadas que lo llevaron a teorizar su propuesta. A ello me dedico en las siguientes líneas.

Encuentros extraños y de extrañamiento: movilidad, regiones y el campo de relaciones antropológicas latinoamericanas

Como es sabido Esteban nació en Cataluña en 1947 en el seno de una familia de raíces alemanas. Migrar y movilizarse no le era ajeno. Estudió filosofía en la Universidad de Múnich a nivel pregrado cuando en 1968 los impulsos de múltiples movimientos sociales tuvieron una escalada global expresada en manifestaciones contra la represión y la tensa dinámica política impuesta por gobiernos militares y antidemocráticos. En esa época muchos tenían un profundo interés por lo que se entendía como el *tercer mundo*, era el fin de la primera década del desarrollo y el debate público e intelectual estaba colmado por las discusiones polémicas que acarreaban las visiones del desarrollo como discurso y práctica. En esos momentos él participaba en un grupo estudiantil en Múnich en el que por un tiempo se dedicaron a leer y dialogar con base en el Reporte Pearson, la evaluación de la primera década del desarrollo que la ONU le había encargado a Lester Pearson, presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas (1952-

1953), Premio Nobel de la Paz (1957) y primer ministro de Canadá (1963-1968).

Esteban se interesó en particular por Latinoamérica y aquella literatura que enfatizaba las contradicciones de las políticas y el discurso del desarrollo, la que hacía referencia a cómo las formas de ayuda internacional afianzaban las asimetrías globales y destruía estructuras locales. Durante un tiempo sus padres pensaron en emigrar a Suramérica, pero Esteban encontró su propio camino hacia Latinoamérica. En Cataluña conoció a exiliados brasileños que salieron de su país luego del golpe de estado de 1964. Esos encuentros fueron las motivaciones iniciales de su interés por la región hasta que halló la posibilidad de hacer un año y medio social en Venezuela. Durante ese periodo hizo parte del Centro Gumilla, una organización dedicada a la educación de adultos a través de cooperativas de ahorro, crédito y consumo. Por su vinculación con la filosofía, en Venezuela le ofrecieron la oportunidad de dar clases, pero él prefirió afianzar su encuentro con la región. Se movió por toda Venezuela y conoció de primera mano las situaciones y problemáticas sociopolíticas.

Después de ese acercamiento se planteó *¿y ahora qué voy a hacer?* Le recomendaron estudiar ciencias sociales, pero hasta entonces él las entendía como economía y sociología, la primera no le gustaba —por eso que a muchos tampoco: las matemáticas— y de la segunda conocía la sociología de la Escuela de Frankfurt, una más filosófica y en la que él no veía herramientas para comprender mejor lo que ya había observado. En una reunión de las que frecuentaba alguien le sugirió considerar a la *antropología*: “No tenía yo idea. ¿Y eso qué es? Pues es como sociología, pero en vez de hacer encuestas, viven con la gente y ven cómo es.”

En esos años había solamente dos maestrías en antropología en Brasil a las que no pudo aplicar por el idioma; también había una en la Universidad de San Marcos en Perú y otra en la Universidad Iberoamericana en México. Escribió a ambas universidades y fue la Ibero la que respondió. Se enrumbo a México en camión y llegó a finales de 1973. Era una época de efervescencias antropológicas y políticas en México y Latinoamérica. A su llegada a la Iberoamericana, su encuentro con Ángel Palerm y Arturo Warman fueron decisivas. Cuando estaba por terminar su maestría con una tesis dedicada a la organización cooperativa de campesinos arroceros, se empezaba a crear el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y el Departamento de Antropología en la también recién fundada Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). A esta última fue invitado como profesor ayudante en 1976; al día de hoy es profesor asociado e investigador.

Las dictaduras, los golpes de Estado y los mecanismos de represión en la región latinoamericana expulsaban al exilio por decenas a sudamericanos y centroamericanos. Algunos se iban a la Unión Soviética, otros a Europa, a Estados Unidos, pero muchos descubrieron un México solidario, una forma de hogar base en donde había resonancias políticas, sociales y culturales. México empezó a llenarse de extranjeros exilados; así también las universidades como la Iberoamericana, la UNAM, la ENAH, la Benemérita de Puebla, tanto de estudiantes como de profesores. Había redes de solidaridad y de apoyo operando en distintos puntos de México y a la distancia para quienes se quedaban o no podían salir de sus países.

Como profesor ayudante en la UAM participó en la formulación del primer plan de estudios de antropología. Una característica peculiar de la UAM es que se creó el Departamento solo con la carrera de antropología, “no teníamos que pelearnos como los demás departamentos donde los sociólogos tenían que pelearse con los de organización y los psicólogos...”. Para el

plan de estudios se enfocaron en qué era la antropología y qué la distinguía de otras ciencias, fue un diálogo entre los grandes de la UAM como Andrés Fábregas, Patricia de Leonardo, Roberto Varela, Juan Vicente Palerm, Arturo Warman, Guillermo de la Peña, José Lameiras, entre otros y los profesores ayudantes que iniciaban sus trayectorias. De los diálogos sobresalió la definición de un *tronco común* en el plan de estudios; este ayudaba a nivelar a los estudiantes y los ponía en contacto con la lógica, matemáticas, estadísticas, historia de México y los enfoques teóricos y filosóficos contemporáneos. Además, cada año tenían un trimestre de trabajo de campo altamente enriquecedor en la formación, en el que profesores y estudiantes confluían para desarrollar su enfoque etnográfico.

Esteban desarrolló una trayectoria de investigación y es un referente en la línea de la antropología política, la jurídica y los derechos humanos, el desarrollo socioestructural y la filosofía intercultural. Por su procedencia de la filosofía, mantuvo un acentuado interés en cómo se construía el conocimiento en antropología, de hecho, la única parte que se publicó de su tesis de maestría fue la que tenía que ver con ese tema; de ahí es que nacen sus propuestas de antropologías del sur y antropología de la antropología, desde luego no están separadas del contexto de su encuentro con la región latinoamericana, ni de su encuentro con la antropología, en sus palabras: “Entonces, ese fue el ambiente en el cual yo nací como antropólogo, por decirlo así”.

La cultura y la antropología en plural: el nacimiento de la teoría de las antropologías del sur y propias en un espiral de pensamiento

Cuando se le pregunta a un antropólogo o antropóloga qué es la cultura, cómo se define, dónde la podemos observar, nos resulta malsano, nos invade un nerviosismo porque sentimos que debemos recurrir a la definición enciclopédica amplia para que abarque todo lo que se supone que es, pero debemos explicar que es histórica, dinámica, caótica, no es solo una lista de rasgos como aprendimos en nuestras primeras lecturas *tylorianas*. La pregunta me la han postulado sociólogos, economistas e incluso empleadores no académicos. Los sociólogos por lo general lo hacen en tono de burla y competencia, seguros de que su objeto de estudio no sufre la enfermedad de la indefinición y del decreto continuo del fin de su disciplina. Nuestra dificultad de responder radica en el proceso de desarrollo de la teoría antropológica, su contexto político y en el campo amplio de las antropologías del mundo. No obstante, hemos encontrado formas y posicionamientos desde los que algunos hallamos la seguridad que sienten colegas de otras ciencias sociales.

En el contexto mexicano cuando Esteban nació como antropólogo no se hablaba de la antropología como el estudio de la cultura. En su selección de tema de tesis se interesó por la cultura política, pues en su tránsito etnográfico había observado diferentes culturas políticas en México. Pero en esos días hablar de cultura como un tema de estudio era casi una mala palabra, en el contexto político se entendía como culturalismo y como imperialismo cultural, especialmente, estadounidense. Pese a ello, Esteban dedicó un capítulo de su tesis a la cultura política campesina.

En el ambiente de discusión había un cierto choque. Por una parte, la antropología estadounidense tenía fuerte influencia sobre la región a través de los grandes proyectos de investigación, las visitas o invitaciones a profesores, o porque frente a la falta de posgrados muchos salían a estudiar al vecino país. El campo de influencias, aunque fuera asimétrico,

existía. Por otra parte, en la segunda mitad de los setenta las editoriales como el Fondo de Cultura Económica se dedicaron a traducir y publicar muchos de los clásicos de la antropología estadounidense de los cuales se nutrían los procesos de formación. Con otros personajes penetró la teoría de la antropología social británica; la antropología marxista; Esteban recuerda que el CIESAS invitó en la segunda mitad de los setenta a antropólogos italianos, y fue ahí donde muchos, como él, descubrieron a Gramsci, “un marxista que hablaba y estudiaba a la cultura popular italiana”. La Universidad de Puebla tradujo la obra de Gramsci. El acceso a estos textos contribuyó a extender las interrogantes, ya no solo centradas en las estructuras objetivas de explotación, sino en aspectos como *por qué la gente piensa como piensa*, una pregunta que para Esteban resultaba significativa en el ambiente político en el que no se veía alternativas al Partido Revolucionario Institucional (PRI) en un México palpitante.

Esteban no piensa su trayectoria a partir de momentos clave, más bien estima que sus construcciones teóricas y metodológicas se dieron en un proceso que simula un espiral de pensamiento de larga duración, porque no fue lineal, categóricamente planificado y tuvo influencias y desacuerdos con otras teorías discutidas durante la segunda mitad del siglo XX e intereses por la historia de otros siglos. En sus palabras:

Y así poco a poco se fue haciendo [su propuesta teórica], en ese sentido yo puedo decir... [que] La antropología es un trabajo colectivo donde a veces es muy difícil saber qué idea viene de quién, porque uno oye algo, uno dice algo, le critican a uno, dicen qué buena onda, y entonces uno dice voy a seguir con eso. Pero en un proceso tan largo, luego es difícil saber qué es lo que viene de quién.

Al intentar escudriñar quiénes fueron los referentes de Esteban, sobre esas teorías con las que disenta o asienta, si conoció lo que Cardoso y otros colegas suramericanos pensaban y teorizaban sobre las antropologías, Esteban me recuerda que el mundo que ellos experimentaban no era el que vivimos hoy con la inmediatez del Internet. La producción de conocimiento llegaba hasta que se traducían los libros, los sistemas de revistas funcionaban por correo, hasta las fotocopias de los textos eran difíciles de conseguir. Más bien “...había en esa época un caldo de cultivo en el cual nace lo que se puede llamar el pensamiento latinoamericano propio, del cual el antropológico es solamente una rama”.

Lo que Esteban evoca de ese escenario tipo *caldo de cultivo* eran las lecturas de Thomas Kuhn y la literatura de la filosofía de la ciencia que le sirvió copiosamente para elaborar su noción de *crisis* y sus análisis epistemológicos e históricos de la antropología. El surgimiento y el hecho de que todo el mundo hablaba de la teoría de la dependencia sin importar si era “menos marxista o más marxista, o más leninista o más estalinista”; Esteban suele recuperar dos ejemplos sobre cómo se retomaron los postulados de la teoría de la dependencia en el campo de la antropología. El primero es Rodolfo Stavenhagen con su texto “Siete tesis equivocadas sobre América Latina” publicado en el periódico gubernamental *El Día* como un suplemento en dos partes el 25 y 26 de junio de 1965⁴, que se convirtió en uno de los textos más traducidos

4 Las tesis equivocadas son las siguientes: 1) los países latinoamericanos son sociedades duales; 2) el progreso de América Latina se realizará mediante la difusión de los productos del industrialismo a las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales; 3) la existencia de zonas rurales atrasadas y arcaicas es un obstáculo para la formación del mercado interno y para el desarrollo del capitalismo nacional y progresista; 4) la burguesía nacional tiene interés en romper

y reproducidos en la historia de la antropología mexicana con resonancias en toda la región. El segundo es el artículo de André Gunder Frank “El desarrollo del subdesarrollo” (1966) en donde argumentó que el subdesarrollo es resultado del desarrollo capitalista. En el contexto antes del Internet, una sociedad de alumnos de la ENAH tradujo y reprodujo el texto. Además de estos teóricos, también estaban presentes en las discusiones las propuestas de Enzo Faletto y de Fernando Henrique Cardoso. Por el lado más de la antropología, los trabajos de Roberto Cardoso de Oliveira a quien en la región lo reconocemos como estudioso de las antropologías latinoamericanas y como promotor del diálogo e interacción entre las antropologías de la región. Estas teorías se intercalaron con las discusiones sobre la Alianza para el Progreso⁵ y las persistentes críticas al desarrollismo en un contexto en el que cobraban fuerza las perspectivas en torno al *sistema mundo*.

Otra gran línea de debate en este espiral de pensamiento era la teología de la liberación. Entre los setenta y comienzos de los ochenta Esteban se identificó con el desarrollo de la teología de la liberación de la región centroamericana a través de figuras como Ignacio Ellacuría Beascoechea y Monseñor Oscar A. Romero, quienes desde El Salvador y la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) le dieron una carácter *propio* y diferente al de la tendencia europea. El cuestionamiento que hacían era que el problema en esta región no era la secularización o el holocausto, sino que se tenía que predicar el evangelio en un contexto de 500 años de cristianismo católico en el que se experimentaba una desigualdad social aguda. La búsqueda era construir otras formas de hacer teología, así como los teóricos sociales proponían otros conceptos para hacer otro tipo de ciencias sociales.

El espiral de pensamiento también incluyó la crítica a las instituciones fundamentales de la modernidad que Esteban conoció a través de Iván Illich quien había fundado el Centro Intercultural de Documentación y Formación en Cuernavaca (CIDOC) México, después de ser cuestionado en 1968 por la Congregación de la Fe en Roma por la dinámica de la primera versión del CIDOC, la del Centro Intercultural de Formación. En los setenta el CIDOC se convirtió en un importante centro de pensamiento y de publicación de textos críticos en torno a la sociedad

el poder y dominio de la oligarquía terrateniente; 5) el desarrollo de América Latina es creación y obra de una clase media nacionalista, progresista, emprendedora y dinámica, y el objeto de la política social y económica de nuestros gobiernos debe ser estimular la movilidad social y el desarrollo de esta clase; 6) la integración nacional en América Latina es producto del mestizaje; 7) la integración nacional en América Latina sólo se realizará mediante una alianza entre los obreros y los campesinos, alianza que impone la identidad de intereses de estas dos clases (Stavenhagen, [1965] 1981).

⁵ La Alianza para el Progreso (AP), aunque tuvo una corta vida, fue muy importante para la región Latinoamericana y los regímenes militares. Fue promovida por el presidente Kennedy en 1961, para organizar la ayuda económica, social y militar en los países de América Latina. Kennedy formalizó la iniciativa de la AP en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), también conocido como Conferencia de Punta del Este que se llevó a cabo del 5 al 17 de agosto de 1961. El objetivo discursivo de la AP fue “aunar todas las energías de los pueblos y gobiernos de las Repúblicas americanas, para realizar un gran esfuerzo cooperativo que acelere el desarrollo económico y social de los países participantes de la América Latina, a fin de que puedan alcanzar un grado máximo de bienestar con iguales oportunidades para todos, en sociedades democráticas que se adapten a sus propios deseos y necesidades” (OEA, 1967:10). En los documentos emanados de la reunión son frecuentes las palabras libertad, democracia, bienestar, progreso, desarrollo económico y social, y le dieron un tinte progresista al programa, no obstante, grupos como en el que participaba Esteban eran críticos de la visión y los programas que surgieron de la AP.

industrial. Ilich conocía a Freire, destaca Esteban, pero él conoció primero a Ilich y al CIDOC y luego a Freire. Sus idas a Cuernavaca, tan cerca de la ciudad de México, resultaron en un acercamiento importante a las críticas de las formas de la escuela, la medicina, el transporte y a todo el sistema científico que hacía Ilich basado en Freire, en Orlando Fals Borda y otros que en esos años propusieron formas distintas de hacer ciencias sociales, de enseñarlas. En el núcleo estaba la idea de una educación que no transmitiera contenidos, sino para que el pueblo comprendiera “...dónde está, por qué la situación está como es y qué es lo que puede hacer”.

México era este lugar especial en la región, en el sentido que fue uno de los pocos países en los que no hubo régimen militar o dictadura como tal, aunque la dinámica política tenía sus bemoles, existían las condiciones para la efervescencia del pensamiento y su expresión. Esteban combinó su vinculación a estas grandes discusiones con sus experiencias docentes en sus clases de teoría antropológica, en conversaciones con colegas o de pasillo, en reuniones y en congresos. Estos últimos tuvieron una fuerza particular para que Esteban, en ese proceso largo de configuración teórica, empezara a exponer y difundir su perspectiva de las antropologías del sur, a realzar el carácter propio del quehacer latinoamericano.

A finales de los ochenta recibió una invitación a través de Néstor García Canclini y de la ENAH para participar en el primer congreso de antropología social que se llevó a cabo en Argentina después de la dictadura. Tras un periodo oscuro en el que se había asesinado a tanta gente, otros habían salido al exilio, se habían quemado libros, el propósito del congreso era invitar a colegas de otros países para conocer *esas* antropologías. Varios profesores de la ENAH participaron, establecieron contacto no solo con colegas argentinos, sino con los sudamericanos. El encuentro fue impactante y sus huellas indelebles, sobre todo para quienes no habían experimentado los efectos devastadores de las dictaduras o los regímenes militares. Después, las inquietudes y afianzamientos se combinaron con la preparación polémica y las críticas a la celebración del “V Centenario del descubrimiento de América”.

La polémica llegó a los periódicos mexicanos de gran tiraje como El Universal y el Excelsior; en otras palabras, Esteban refiere que la discusión se extendió al debate público en el que figuras como Miguel León Portilla, Leopoldo Sea y otros pusieron en duda la noción del “descubrimiento”, la de la conquista, la acción evangelizadora, el saqueo de oro y plata, y la lucha sostenida por la justicia. Desde luego los pueblos indígenas levantaron la voz en el subcontinente. Además, al debate se sumó la adopción del Convenio 169 sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes de la OIT de 1989, que para 1991-1992 se había traducido en la adecuación de varias constituciones latinoamericanas para darle derechos y/o más visibilidad a los pueblos indígenas.

En este periodo de los sesenta a principios de los noventa es que Esteban considera “allá empezó el pensamiento latinoamericano propio”, no es que antes no hubiera, sino que es en este momento de la historia que adquiere un nivel de discusión global al reconocer las dimensiones globales y asimétricas de las problemáticas que abordaban las ciencias sociales y el campo de sistema mundo al que pertenecían estas mismas.

Mencioné arriba que Esteban hizo su maestría en la Iberoamericana. En una especie de bucle temporal y educativo volvió a la Universidad de Múnich para hacer su doctorado en filosofía, aunque esta vez, nutrido por el espiral de conocimiento que he descrito arriba. La forma en la que Esteban narra su experiencia como estudiante de doctorado da cuenta de una época

en la que al sistema mundo de las universidades (Díaz Crovetto y Restrepo, 2023) no lo había absorbido la burocracia absurda, las políticas de flexibilidad y la precarización. Él nunca pensó en hacer un doctorado, en aquellos años quienes los cursaban eran personajes como Roberto Varela, José Lameiras y los profesores de la UAM de la generación de “nuestros mayores”, comenta Esteban. Todos se tomaron muchos años en terminar los doctorados, entre que todos ya eran profesores, hacían salidas de campo y atendían situaciones familiares, los doctorados existían sin prisas ni presiones. Lo más importante no era que se terminara en “*tiempo y forma*” la tesis, como suele repetirse desde las coordinaciones de los posgrados ahora. “...yo pensé que así era la vida” dice Esteban cuando habla de sus profesores haciendo el doctorado, así que él lo hizo igual; tomó sus clases en Múnich entre el 84-85, regresó a México y ocurrió el terremoto que tuvo a todos más o menos un año y medio fuera de la cotidianidad. Al poco tiempo se mudó a Mérida, Yucatán y por un buen tiempo no trabajó en la tesis, pues entre otros aspectos de su vida personal, empezó a trabajar como profesor e investigador en la Universidad Autónoma de Yucatán.

Ya en sus clases de teoría antropológica había surgido el tema de *la pregunta antropológica* y qué era eso que *hacemos nosotros*. Con el doctorado esas inquietudes, clases, conversaciones y reflexiones se condensaron en una parte de su tesis: “poco a poco se fue haciendo desde los años 80, a partir de tratar de entender la antropología, y surgió eso de la pregunta y ese tipo de cosas [las de las antropologías del sur, en plural, lo propio y la antropología de las antropologías]”.

Ese *tipo de cosas* también incluyó su interés por el siglo XIX, un tema que en antropología “por lo general, se ve muy mal”. Sin embargo a Esteban le parecía (y aún es así) que ahí empezaba la antropología con todo y sus errores, aunque él ha tratado de enfocarse en los aciertos. El siglo XIX es cuando se sientan las bases de la antropología y aparece su primer paradigma: el evolucionismo antropológico. Se reconoce que la especie humana es una y diversa a la vez, porque se entiende a todas las sociedades humanas como una y las diferencias se apuntan como de *grado*, algo que se refleja en los cuadros evolutivos y las clasificaciones, por ejemplo. Para él hay una separación entre el pensamiento antropológico del siglo XIX y el pensamiento racista, porque los primeros con su explicación de la diferencia en grados construyeron esquemas evolutivos donde las sociedades humanas podían pasar de uno a otro, aunque en forma lineal.

El desarrollo del paradigma evolucionista del siglo XIX para Esteban muestra que desde ese punto se extendió la idea de un mundo con mucha diversidad y que la realidad no era fija, era un proceso inteligible que se veía como evolución, es decir, un proceso con una dirección cuyo *fin* era la sociedad europea, “ahí se equivocaron”, es uno de los errores. En este sentido, también reconoce lo peor del siglo XIX, porque lo que se vio como evolucionismo unilineal era exactamente *desarrollismo*, esto es la segunda mitad del siglo XIX replicándose en la segunda mitad del siglo XX bajo otros conceptos que simulaban alejarse de la unilinealidad y lo teleológico.

Así es que, en el ejercicio investigativo, reflexivo y explicativo de redescubrimiento del evolucionismo en el siglo XX, también aparece la cuestión de la *utopía* conectada con la antropología y la cultura. En su tesis doctoral y en su libro publicado por el Fondo de Cultura Económica, Esteban aborda la utopía de manera amplia. Aquí recogeré solo algunos aspectos. Muestra a la utopía en sus múltiples formas (como jugueteón sueño diurno, antigua profecía,

tratado escrito, revuelta ritual, como comunidad contracultural y movimiento revolucionario), pero principalmente en la forma de análisis social que ha sido menos explícita. Como resultado del análisis social, la utopía emerge de una categoría de otredad específica, por eso se aprehende conceptualmente en su particularidad y sus causas situadas en la realidad sociocultural, es tan histórica como el suelo donde nace y, por tanto, se transforma según circunstancias ligadas a la época y al lugar (Krotz, 2004, 165 y 151). Esteban recuperó el trabajo de Bloch para definir la utopía como la “suma de concepciones que tienen la intención de hacer estallar la situación de la sociedad presente” (Bloch en Krotz, 2004, 154), en ese marco la cultura no solo traza demarcaciones a la utopía y refleja la estructura social, sino que es también donde se protesta contra la estructura social y se proyecta una diferente, no en el más allá, sino en este planeta.

Lo que deja claro Esteban en su libro es que no hay utopías absolutas, porque no hay historias y culturas absolutas. La otredad cultural y la pregunta antropológica sobre esta se da en esa dialéctica entre utopía y ciencia; de ahí que el surgimiento de lo que él denomina pregunta antropológica la ubica en un tiempo-espacio particular. Para él la antropología empieza cuando en el siglo XIX nacen un conjunto de ciencias sociales que no responden a un fenómeno empírico, sino a una perspectiva y preguntas que se construyen sobre ese fenómeno de la realidad. La antropología, en consecuencia, surge de una interrogante situada en la experiencia específica del asombro en torno a la alteridad u otredad, la del encuentro de formas de vivir y cotidianidades múltiples. Como suele suceder con las tesis de doctorado “originalmente a lo mejor iba a salir otra cosa” matiza Esteban, pero después de nutrirse de la espiral de pensamiento en el que estuvo involucrado salió, entre 1991-1992, un estudio detallado sobre el origen, desarrollo y reorientación de la antropología, atendiendo su relación con la utopía, el espacio-tiempo y el asombro por la otredad cultural.

Para principios de los noventa hablar y abordar el tema de la cultura ya no era imperialismo obscuro. El fin de la Guerra Fría, la caída del Muro de Berlín, el levantamiento, impulso y fuerza de las voces de los pueblos indígenas, los cambios en las constituciones latinoamericanas dieron paso a otras discusiones. Desde estos años Esteban ha compartido en textos, conferencias, charlas y en sus clases que la cultura es lo que distingue a los seres humanos de todas las demás formas de vida en el planeta, pero lo *raro* de esta es que a pesar de que es lo que nos distingue, no existe en singular sino en *plural* y para Esteban es a lo que se dedican las antropologías:

No existe una cultura humana, sino muchas. En nuestros mismos países vemos esta pluralidad, en otras partes del mundo se observa mucho más, y en otras épocas de la historia. A esto se dedica la antropología, testimoniar cómo es la cultura en diferentes partes y épocas, ese asombro por la diversidad, la alteridad.

Si hablamos de la cultura en plural, también lo podemos hacer de la antropología. Esteban en tono humorístico se refiere a esa dificultad que tenemos en antropología para definir a nuestra disciplina y reconocernos plurales: “Cuando dos antropólogos se reúnen para definir qué es antropología, al final salen tres definiciones. Cada una es interesante porque plantea aspectos que las otras no enfatizan.” De pronto en Latinoamérica nos hemos dejado influir por crisis disciplinarias de otras latitudes, como la crisis de representación en Estados Unidos, no obstante, desde hace varias décadas la comunidad plural antropológica latinoamericana se ha esforzado por visibilizar su lugar en el sistema mundo de las antropologías y por reconocernos mutuamente.

Entre esos esfuerzos se encuentra la propuesta de las *antropologías del sur* o *propias* de Esteban. A principios de agosto de 1993 se llevó a cabo en la ciudad de México el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. Esteban organizó un simposio titulado “Antropología del sur: problemas y perspectivas en la construcción de conocimiento antropológico”. En la propuesta del simposio reconoció que en los lugares que tradicionalmente fueron de interés etnográfico clásico, se había establecido una antropología *propia*; buscaba responder cómo se había erigido la producción de conocimiento antropológico, si había una distinción por el hecho de que quienes habían sido estudiados ahora fuesen los estudiosos (la ciudadanía compartida), la relación con otras disciplinas, cómo comunidades científicas sureñas se habían insertado en la comunidad internacional, la contribución real y posible de la antropología *desde el sur* al conocimiento antropológico global.

En el simposio hubo una representación heterogénea en la que se observó desarrollos múltiples, debates teóricos y problemáticas epistemológicas, la relación entre antropología-sociedad-problemas de enseñanza. La mayoría de las ponencias se convirtieron en artículos y se publicaron en el número 6 de la revista *Alteridades* de la UAM. En su artículo Esteban propuso los puntos clave de su propuesta de las *antropologías del sur* o *propias*.

Expuso que los términos metafóricos de la oposición norte-sur encarnaban las divisiones asimétricas, heterogeneidades, conflictos Oeste-Este y las divisiones planteadas en términos de oposición en el siglo XIX como civilización y salvajismo-barbarie que en el siglo XX se sustituyeron por los binomios desarrollo-subdesarrollo, modernidad-tradición, dominación-dependencia, metrópolis-periferia, globalización-localismo (Krotz, 1993, 6). Planteó que en el norte hay sur y viceversa y reconoció la presión transformadora y complementaria entre norte-sur, pero resaltó que por el economicismo que predominaba en estas visiones no se consideraron planos de la realidad sociocultural donde surgieron cambios significativos. Uno de ellos era que, en el *sur*, lugar etnográfico por excelencia, la antropología se había enraizado, pero aclimatada, con vida *propia*⁶. En muchos lugares se trazaban antecedentes tempranos y en otros el último cuarto del siglo XX era el punto de inflexión, palpable a través del auge institucional de enseñanza a nivel pregrado y posgrado, congresos, revistas, museos, asociaciones, proyectos editoriales y programas de investigación.

Aunque el artículo es corto, es potente en su visión, análisis y propuesta. Además de examinar las formas de silenciamiento de las antropologías del sur a raíz de la relación asimétrica y tensa norte-sur, destacó cuatro puntos críticos que condujeron a la formulación de un proyecto de conocimiento, a saber: a) los estudiosos y estudiados como ciudadanos del mismo país

6 Esta idea Esteban también la ha representado con la categoría de antropologías segundas (2015); con esta se refiere a todas aquellas antropologías que no surgieron en la última parte del siglo XIX, pero que son herederas de las que sí lo hicieron. Para algunos esto alude a una especie de difusionismo e historicismo en su explicación, al entender a las antropologías latinoamericanas como descendientes de paradigmas de un devenir histórico europeo que luego se transforma desde lo local. En el campo de los estudios sobre las antropologías latinoamericanas y del mundo, esto refleja que hay múltiples posibilidades para concebir el desarrollo de la disciplina y, como apunta acertadamente Díaz Crovetto hay tantas formas de hacer antropología de las antropologías como hay antropologías, la mirada de Esteban Krotz es una ellas, como proyecto de conocimiento, insiste Díaz Crovetto, no podemos ni conviene delimitar lo que es o no el proyecto, es algo que no tiene fronteras ni acuerdos tácitos epistémicos (2011, 207).

compartían situaciones económicas y políticas similares, ello creaba un vínculo entre intereses profesionales y sociales diferente del que podía darse con un investigador visitante; b) en el sur hay valoraciones sociales del conocimiento científico en general, el de las ciencias sociales y el de la antropología en particular; esta valoración es diferente a la del norte y produce distintas formas de infravaloración *del* y *en* el sur; c) en el sur se desarrollaron alteridades diferentes que implicaron fuerzas homogeneizadoras omnipresentes; y d) en la disputa de influencias provenientes de la larga discusión antropológica noratlántica con los esfuerzos de comprensión de la diversidad cultural, en el sur se habían desarrollado búsquedas de antecedentes propios (Krotz, 1993, 8-10).

El texto concluye con una referencia a la necesidad de una antropología de las antropologías del sur. Aunque Esteban había hecho en espiral antropología de la antropología, podría decirse que es aquí cuando queda plasmada una propuesta de proyecto de conocimiento para escudriñar a nuestras antropologías y reconocer “la diversidad en el seno mismo de la disciplina dedicada a estudiarla en todos los ámbitos de la realidad sociocultural” (Krotz, 1993, 11).

Hacer antropología de las antropologías como proyecto de conocimiento

En lo que he expuesto se ha observado que Esteban ha hecho antropología de las antropologías desde que relacionó filosofía y antropología, y más específicamente cuando en una espiral de pensamiento en el que recupera propuestas de múltiples colegas situados en distintas partes del mundo, propone su teoría de las antropologías del sur. No obstante, hay otros aspectos que fueron vitales en su formulación de hacer una antropología sobre las antropologías, dado que para algunos la frase resulta metafórica y metafísica.

Esteban no tiene escrito ningún artículo o en sus libros no ha desarrollado cuál es el hacer de una antropología de las antropologías, aunque él y muchos otros lo hemos puesto en práctica. Para él este proyecto de conocimiento se asomó cuando entendió a la antropología como algo que se podía *estudiar*, como cualquier otra cosa. Palerm tuvo mucha influencia en este sentido; comenta Esteban que en uno de los libros de Palerm enunciaba contundente que “la antropología es una tradición cultural [...]. Entonces, uno puede estudiar a los antropólogos y el discurso antropológico como un fenómeno, como lo estudian los antropólogos. De ahí nació la idea de la antropología de la antropología.”

En 1991 Mariza Peirano culminaba su tesis sobre una antropología de la antropología para el caso brasileño. En los noventa Cardoso también resonaba en Latinoamérica con su noción de *estilos antropológicos* y la de antropologías periféricas-centrales, que muchos también hemos recuperado. Myriam Jimeno, aunque publicó hasta principios de los 2000 sus postulados sobre la emergencia del investigador ciudadano, seguramente desde la trayectoria que venía construyendo en los noventa en el campo de la antropología colombiana, consolidó su propuesta de la *vocación crítica de la antropología latinoamericana*, también una fuente de conceptos y visiones que han nutrido el gran proyecto en la región. En otras latitudes se publicaba el trabajo de George Stocking Jr. sobre la antropología británica, o el de Adam Kuper sobre la cultura como versión de los antropólogos. Así es que estos años también pueden pensarse como una época de mucha efervescencia para consolidar esto que es ahora una línea de investigación.

Al igual que en su propuesta de *antropologías del sur*, Esteban no puede decir un punto

exacto del inicio del proyecto de conocimiento, sino que hubo elementos varios que alimentaron, fortalecieron y contagiaron de la idea de *hacer* a colegas de la región. En primer lugar, las “clases de teoría antropológica, no de historia de la antropología, sino de teoría antropológica”, donde además de analizar discursos y estudiar las obras de los autores para entenderlos en sus propios términos, se planteaban preguntas sobre por qué en unos contextos florecen unas tendencias y en otros no, sino otras, subcampos, teorías y métodos. Esteban ejemplifica con la interrogante de ¿por qué los antropólogos norteamericanos no inventaron la antropología política?, “eso siempre es un buen ejemplo” dice, porque en cambio, los antropólogos ingleses y franceses, sí lo hicieron. En las clases de teoría antropológica el contexto, o contextualizar, no es el ambiente del debate, sino el entorno etnográfico en el cual se moviliza la acción del investigador para construir conocimiento:

Los antropólogos norteamericanos no tienen pueblos indígenas donde el tema del poder es algo importante porque viven en reservaciones como resultado de una derrota militar. En cambio, en esa misma época, los antropólogos ingleses y franceses están en el contexto de una colonia, de unas colonias europeas, que tienen que establecerse en contextos conflictivos y no tienen ni idea de qué es lo que hay allá.

Así, el contexto etnográfico de producción de conocimiento es clave; pero, él también reconoce los contextos institucionales como lugares que le dan contornos propios no solo a las tendencias teóricas de colegas, sino a las prácticas más amplias del campo antropológico. En este sentido, para el proyecto de la antropología de las antropologías, México ha sido un *locus* fundamental, no solo porque como “México no hay dos” como suele mencionarse en ese país, sino porque desde inicios del siglo XX se ha erigido una red institucional amplia, compleja y caótica que ha dado lugar a preguntarse por qué se hace lo que se hace. Además de que una gran cantidad de universidades en todo el país imparten la carrera de antropología a nivel de grado y pregrado y se hace investigación local, regional, nacional e internacional, se fundaron instituciones como la Red Mexicana de Instituciones Formadoras de Antropología (RedMIFA) que inició actividades en el 2000 con el propósito de articular la colaboración académica para enriquecer la docencia, investigación y extensión de la antropología en México. Era, pues, un proyecto interinstitucional. Los impulsores fueron quienes en su momento eran directores de departamentos de antropología en el país, hoy cuentan con casi una veintena de instituciones y además se han vinculado con el Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales (CEAS) de México para llevar a cabo cada dos años el Congreso Mexicano de Antropología (COMASE).

Esteban no fue fundador. Se vinculó a la RedMIFA por invitación a una de sus reuniones que se llevó a cabo en el estado de Quintana Roo. Le pidieron que charlara sobre cómo se podría estudiar a la antropología mexicana, cuáles eran los rasgos de esta, “algo así”, recuerda Esteban. Entonces, presentó sus ideas en torno a la antropología de las antropologías. Al poco tiempo le solicitaron que hiciera un proyecto de investigación sobre antropología mexicana que se presentó al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y empezó a conocerse como proyecto *Adela*.

Costó que el CONACYT aceptara el proyecto porque no les parecía que tuviera la seriedad o las características de uno de ciencia básica, pero una vez se aprobó quedaron como coordinadores Esteban y la profesora Ana Paula de Teresa, también de la UAM. Participaron una importante cantidad de departamentos de antropología, investigadores, alrededor de veinte

becarios que hicieron tesis, entre otros aspectos. Para Esteban fue un proyecto fascinante que le permitió conocer “prácticamente a todas las escuelas de antropología del país. Hacíamos una reunión cada seis meses y muchas de las cosas que escribo sobre antropología mexicana o sobre ciencias sociales en México, pues se nutre todavía de ese proyecto...” menciona.

El proyecto tuvo un desenlace lamentable, porque, aunque se proyectó la publicación de cinco volúmenes colectivos, solo se logró concluir dos que contienen historias institucionales de departamentos de antropología. Las complicaciones tuvieron que ver con la falta de financiamiento debido a los giros del CONACYT y al hecho de cómo se valoran las ciencias antropológicas, como mencioné arriba.

Además del trabajo en sus otras líneas de investigación, Esteban ha desarrollado una trayectoria haciendo antropología de las antropologías, ha establecido una red de intercambios latinoamericanos amplia, ha asesorado tesis, hecho proyectos, escrito libros, artículos y piezas de difusión, participado en congresos, dado conferencias, todo con el fin de profundizar en su idea de las antropologías sureñas, propias y en que la investigación sobre la antropología no sea una mera historia, sino una revisión exhaustiva de por qué hacemos lo que hacemos en las antropologías.

Reflexión final: ante el asombro de la invalidez y lo que nos falta

En agosto de 2009 llegué a la Ciudad de México para iniciar mis estudios de posgrado. Ya en la licenciatura me había dedicado a la investigación sobre la antropología guatemalteca, sus antecedentes más lejanos según mi criterio. Para posgrado había decidido dedicarme a hacer un estudio contemporáneo de la antropología guatemalteca, pero al igual que a Esteban, en mi tesis doctoral salió lo que salió, una parte dedicada al siglo XX y ciertas tendencias específicas y otra dedicada a la antropología como trabajo en sus expresiones de finales del siglo XX y principios del XXI.

A mi llegada a México era complicado comunicar el objeto de mi investigación, aunque ya se hablaba de antropología de las antropologías, la idea parecía absurda e inválida a algunos. Después de unos meses de estancia y circulando entre las instituciones de la antropología mexicana, una amiga me invitó a una reunión en su casa a la que asistieron amigos centroamericanos y centroamericanistas. Uno de ellos, del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) curioso y emocionado me preguntó qué estaba investigando. Cuando le comenté, con cierta preocupación cubierta de desdén me espetó “habiendo tantos problemas en Guatemala por qué le vas a dedicar tu tiempo a esa investigación”, su comentario lo interpreté no solo como una anulación de mis intereses de conocimiento, sino como una falta de comprensión del alcance de este tipo de proyecto de conocimiento. De la misma manera me hizo sentir, hace no mucho, un empleador al ver mi currículo dedicado, como dije arriba, a casi quince años indagando sobre las antropologías: “es que usted ha pasado más de diez años picándose el ombligo”. En ese caso las palabras fueron para deslegitimar mi capacidad de enfrentarme a otros temas de investigación, según él no tengo las herramientas, el *know-how*.

Comparto estas experiencias porque tanto desde los adentros de nuestras antropologías, como del otro lado de las fronteras académicas el tema asombra porque se le ubica en la dimensión de una filosofía de la ciencia incapaz de descender al mundo de la vida cotidiana,

práctico, operativo, dinámico y caótico. Por eso recupero dos ideas de Esteban y expongo dos reflexiones sobre las que podríamos operativizar.

La primera idea con la que Esteban sostiene la importancia legítima de la antropología de las antropologías es explicando que esta es un *instrumento* para conocer, como tal hay que analizarlo y mejorarlo. Una forma de analizarlo es examinar cómo ha funcionado en el pasado y cómo lo hace en el presente, es decir, no solo es hacer historia de las antropologías, sino también un análisis actual. Qué nos potencia, qué nos constriñe; cómo intercambiamos, la persistencia de nuestras asimetrías, nuestros puntos en común.

La segunda idea es que estudiar a las antropologías como *instrumento* no debería sustituir su uso, declarar el fin de la antropología como se ha hecho en distintos momentos y lugares. Al conocer sus características, tendencias, constreñimientos estamos mejor habilitados para movilizarnos en las arenas o campos de acción con los que actualmente están vinculadas nuestras antropologías. Con la claridad de lo que hacemos, no lo que decimos que hacemos, nos podemos acercar de mejor manera a lo realmente existente, a las prácticas realmente existentes; y con la misma claridad, aunque se impongan modas, tendencias teóricas y ocupacionales, que cada quien se dedique a lo que realmente desea y se pueda dedicar, no a lo que desde una superioridad moral se considere que es lo más urgente, pues, las políticas de conocimiento también son erigidas desde las relaciones de poder de nuestros entornos institucionales y de un campo político que traspasa las meras fronteras disciplinarias.

En torno a las reflexiones. La primera tiene que ver con que, como señala Esteban, aunque “estamos en un momento donde está claro que hay antropologías latinoamericanas en plural”, no nos conocemos, no nos leemos y en muy pocos de los programas de estudios hay un curso de antropologías latinoamericanas; cuando lo hay no necesariamente incluye contenidos que reflejen las complejidades, diversidades, contemporaneidades, etc., persiste en los programas de curso centralidad de algunos países, discursos, personajes y se olvidan o silencian sin intención antropologías más locales y sus tendencias. Pero no es tan sencillo estructurar un programa de curso cuando nos enfrentamos a la pluralidad antropológica latinoamericana, no nos alcanza un semestre para la variedad de contenidos a conocer. Es una tarea difícil que se nos presenta como un reto, una oportunidad de diálogo y de ampliación de redes de intercambio. Además, es un reto no quedarnos solo en las antropologías latinoamericanas, sino articular nuestras discusiones con las de otros continentes y subcontinentes. Y como apunta Esteban, no es un problema solo de unos, nos involucra a muchos, a los 195 países del mundo. Por eso es importante el rol del Consejo Mundial de Asociaciones de Antropología (WCAA) y de la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA).

Esto nos lleva a la segunda reflexión para cerrar. La ALA ha tenido distintos momentos, cada uno con sus características, pero quizá ninguno había sido tan fuerte como el actual. Su rol es ahora más importante que nunca, por lo menos así lo aprecia tanto Esteban como una servidora. Coincido con él en que los congresos y la articulación de las asociaciones y colegios profesionales han sido formas de generar comunidad antropológica regional reconociendo nuestras diferencias. Después del V congreso (“Políticas de los conocimientos y las prácticas antropológicas en América Latina y el Caribe”) que se llevó a cabo del 6 al 9 de junio de 2017 en Bogotá, Colombia se dio un nuevo impulso con la creación de los Grupos de Trabajo. En esa ocasión solo se formaron tres, entre ellos dio sus primeros pasos el grupo de trabajo

Antropología de las Antropologías Latinoamericanas (ADALA), que se pensó como un instrumento de trabajo, archivo y espacio de análisis y comunicación *sobre* las antropologías latinoamericanas. Hoy forman parte del grupo más de treinta colegas de diferentes países de la región, que intercambiamos, dialogamos, proponemos, presentamos en congresos, invitamos a charlar, y, nos hemos esforzado por recopilar documentos de nuestros países, establecer una línea del tiempo de las antropologías para interesados en trayectorias nacionales y locales; aunque nos falta mucho trabajo por hacer, también nos hemos empeñado en hacer de nuestro grupo un servicio comunitario.

Posteriormente, con todo y la crisis de la pandemia por la COVID-19 se llevó a cabo el VI congreso (“Desafíos emergentes: antropologías desde América Latina y El Caribe”) del 23 al 28 de noviembre de 2020 en modalidad virtual. Después de que terminó el congreso se difundió una segunda convocatoria para grupos de trabajo, la respuesta de los y las colegas fue amplia, la ALA celebró la formación de veintiséis grupos de trabajo; entre esos se puede decir que seis tienen intereses en torno a lo que podría entenderse como un proyecto de conocimiento de antropología de las antropologías, en mejorar nuestro conocimiento sobre nuestros quehaceres en las diferentes condiciones. Están los grupos temáticos, los hay pequeños y grandes, con dinámicas de trabajo diversas, lo importante es darle seguimiento, hacer eco entre la amplia red que se ha conformado, intercambiar más allá de los márgenes nacionales y locales, “...eso sí me parece que es lo más importante de los grupos de trabajo” apunta Esteban.

Así es que ya somos una comunidad, como tal nuestro reto es seguir tejiendo nuestras redes, no dejarlas languidecer. Mantener el continuo interés en conocernos mejor, conocer lo que hacemos y dar un paso más allá apunta Esteban: “...deberíamos tener lo que decía Cardoso de Olivera. Deberíamos ir a estudiar a los norteamericanos. Esa sociedad bastante rara. ¿Por qué funciona? ¿Cómo uno entiende como antropólogo [a] Trump? y ese tipo de cosas”, y, no solo a esta sociedad, sino a las europeas, orientales, africanas, un reto global de conocernos mejor.

Finalmente, en este artículo expuse la configuración del proyecto de conocimiento de la antropología de las antropologías del sur de Esteban Krotz, un proceso en el que primero tuvo que encontrarse con la antropología y entablar diálogos en medio de las disputas teóricas de las ciencias sociales de un periodo que he calificado como efervescente. No cabe duda de que en este proceso Esteban construyó un proyecto de conocimiento sólido, que no solo cimentó uno de los caminos en su trayectoria, sino que se constituyó como un aporte teórico metodológico para muchos de nosotros, para introducirnos a nuestra propia espiral de pensamientos. Desde los noventa cuando propuso la categoría de antropologías del sur, se posicionó en el debate sobre las características y desigualdades entre nuestras antropologías, una conversación en la que ha tenido un importante diálogo con figuras como Mariza Peirano, Myriam Jimeno, Roberto Cardoso, Luis Vázquez, Héctor Vázquez, Teresa Caldeira, Alcida Rita Ramos, Pablo Sandoval, Carlos Iván Degregori, Andrés Medina, Carlos García Mora, Andrés Fábregas, Margarita Bolaños, Carmen Araya, Otávio Velho, Arturo Escobar, Gustavo Lins Ribeiro, Eduardo Restrepo, Marisol de la Cadena, entre muchos otros y otras que nos hemos acercado y articulado a una discusión amplia, heterogénea y heterodoxa. Hoy en día, además de sus clases y sus investigaciones, la manera como Esteban continúa adoquinando el camino de la antropología de las antropologías, es con su constante esfuerzo para tender puentes de comunicación e intercambio entre los y las colegas de la región. Hoy más que nunca hacer comunidad para analizar nuestro instrumento, es

una tarea inexorable que nos posiciona mejor habilitados para movilizarnos en nuestras arenas de acción.

Bibliografía

- Díaz Crovetto, G. (2011). Antropología de las antropologías: Buscando ciertas condiciones para su emergencia y consolidación. *Antípoda*, 12, 191-210.
- Díaz Crovetto, G. & Restrepo, E. (2023). Precarización, productivismo y la burocracia universitaria: hacer antropología en la academia neoliberal. *Tabula Rasa*. 46, 185-209.
- Frank, A. G. (1966). El Desarrollo del subdesarrollo. *Monthly Review*, 18(4), 17-31.
- Krotz, E. (2015). Las antropologías segundas en América Latina: interpretaciones y recuperaciones. *Cuadernos de Antropología Social*, 42, 5-17.
- Krotz, E. (2004). *La otredad cultural entre utopía y ciencia: un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México: FCE.
- Krotz, E. (1993). La producción de la antropología en el Sur: características, perspectivas, interrogantes. *Alteridades*, 3(6), 5-11.
- Organización de los Estados Americanos (OEA). (1967). Alianza para el progreso. Documentos oficiales emanados de la reunión extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social al Nivel Ministerial. OEA.
- Stavenhagen, R. (1965 [1981]). Siete tesis equivocadas sobre américa latina. En Rodolfo Stavenhagen, *Sociología y subdesarrollo*, 15-84. *Nuestro Tiempo*.